

—Eso es para mí una dicha mayor de la que podía esperar—dijo Gertrudis amablemente;— esta señorita será para mí una amiga, y con esa esperanza vengo á buscarla.

—Adiós, pues, hija mía—dijo la anciana, quien, bastante vulgar y egoísta, temía que se le escapase á Mundeta tan honroso acomodo;—adiós. Ahorremos despedidas dolorosas, que yo iré á verte.

Luego, pasando por detrás de Gertrudis, le dijo en voz baja:

—Señora, encargo á usted el mayor cuidado con esta niña, de la cual sólo me desprendería en obsequio de usted; mire que la ama un caballero, al que yo creo hombre de gran posición y de quien, sin embargo, no sabemos el nombre verdadero.

—Cuidaré de ella como de una hermana menor.

—Que no le permita usted más visitas que las mías, porque ella también está encaprichada con ese hombre.

—No le verá.

Mundeta se arrojó llorando en los brazos de su madre; y ésta, que tampoco podía reprimir sus lágrimas, cubrió los cabellos de la joven con un velo negro, como se hacía con las vírgenes de las Galias cuando iban á ofrecerse en sacrificio en las aras de sus dioses.

¡Pobre Mundeta! A ti, como á aquellas inocentes del fanatismo de los suyos, te inmolaban la ambi-

ción de una madre vulgar y dura, y la cruel fortaleza de una mujer que todo lo sacrificaba en aras de la virtud.

¡Ah, mujeres fuertes, intachables, ascetas del deber en los desiertos de la vida! ¡Vosotras podíais ser héroes que salvaseis vuestra patria; pero jamás seréis los ángeles de paz y caridad que necesita el infeliz desgarrado por las pasiones!

IX

LA PASIÓN Y EL DEBER

Un cuarto de hora había pasado desde que Mundeta dió á su madre el abrazo de despedida cuando, después de haber dejado apearse antes á las dos señoras, bajaba la joven del coche y las seguía por la espaciosa escalera de la casa del rico Agente de Bolsa Andrés Miranda.

La pobre niña iba despreocupada y triste. A la vaga alegría que había sentido cuando supo que iba á vivir bajo el mismo techo de Gertrudis, había seguido un amargo desaliento: la imagen de Andrés había aparecido ante sus ojos y no podía separarla de ellos.

Al llegar á una especie de vestíbulo, en el cual remataba la escalera y se abrían algunas ventanas de la casa, levantó maquinalmente la cabeza, y de sus labios se escapó un pequeño grito: le parecía haber visto pasar á Andrés.

—¿Qué es eso?—preguntó Gertrudis volviéndose;—¿qué tiene usted, señorita: ha tropezado acaso?

—Sí, sí, señora...—balbuceó la joven toda confusa, en tanto que Luisa, que sabía lo que había motivado su exclamación, fijaba en ella una mirada penetrante.

—¡Cuidado, cuidado, querida Mundeta!—repuso jovialmente Gertrudis;—porque usted me permitirá que yo le dé este nombre, ¿no es verdad?

—¡Oh, señora! ¿Puede usted dudar?

—Pues bien, Mundeta, es preciso que usted se cuide mucho, para que cuando su señora madre quiera venir á verla se la pueda yo presentar tan fresca y linda como hoy me la ha entregado.

Hablando así, pasaron el vestíbulo, una antecámara grande, una salita de paso, y entraron en la habitación de Gertrudis.

Ésta tiró de la campanilla y dijo á su doncella, que se presentó al instante:

—Juana, tráeme á Elvira.

La camarera salió, y Gertrudis, volviéndose á la hermana de su esposo, le dijo:

—Voy á enviar á buscar á María ahora mismo.

—Creo que Isidoro debe venir con Alberto y él te la traerá—repuso Luisa.

En aquel instante apareció Elvira en la puerta; tendió por la estancia la curiosa y atrevida mirada de sus ojos negros, y después fué á apoyarse en el regazo de su madre.

—Hija mía—dijo ésta con aquella falta de tacto y de delicadeza que le era tan natural,—¿ves esta señorita? Pues ella va á ser desde hoy tu aya, y debes quererla mucho.

—¡Ah, ya!—respondió la niña con un gesto de inteligencia.—¿Va á ser un aya como la que tiene Aurora, la hija del Conde de S., verdad?

—Exactamente.

—¡Pero aquel aya no es como ésta! Aquella es vieja y regaña á Aurora.

—Esta es mejor; es joven y linda y os amará á María y á ti.

—¿Va á ser también aya de María?

—Sí; de las dos.

Elvira siguió contemplando curiosamente á su joven aya; en tanto su madre se volvió á la camarera y le dijo:

—Que te ayude Antonio, y disponed entre los dos la habitación del aya.

—¿Y dónde, señora?

—En la salita azul.

—¿La que está junto al cuarto de las niñas?

—La misma.

La doncella salió, y Mundeta, á quien aún no se había mandado tomar asiento, lo tomó por sí misma y colocó á Elvira sobre sus rodillas, admirando la peregrina belleza de aquella niña.

Algunos instantes después pasó Gertrudis á su tocador, y Elvira la siguió, quedándose solas la esposa de Alvareda y la joven aya.

Ésta permanecía en actitud triste y abatida desde que la niña se había separado de ella; tenía las manos cruzadas sobre las rodillas y pensaba en Andrés, á quien quizá no volvería á ver más.

Mundeta se acusaba entonces de débil por haberse separado voluntariamente de aquel hombre que tanto la amaba y el único á quien ella había amado en toda su vida; se llamaba ingrata, y le parecía que aquellas paredes pesaban sobre su corazón como si fueran de plomo.

Luego, al pensar en el misterio que envolvía á aquel hombre, que evitaba siempre hablarle de sus proyectos y de su familia, se decía que había obrado bien al huir de unos lazos que quizá la hubieran envuelto en la vergüenza y el deshonra.

Pero, fuerza es decirlo, estas reflexiones saludables duraban menos en su ánimo que el dolor de haber roto por su mano aquel amor, tanto más dulce cuanto más misterioso; y es que en los corazones amantes y enamorados, la razón tiene menos imperio que la pasión y la ternura.

De repente abrió los ojos espantada. Luisa, grave, serena, estaba en pie á su lado; á la mirada de temor que le dirigió la joven, respondió con otra dulce y firme á la par, y le dijo con voz entera y reposada:

—Tenemos que hablar, señorita.

Mundeta, asustada, nerviosa, y comprendiendo que algún grave peligro la amenazaba, volvió

la cabeza y miró á Luisa; luego, segura de su inocencia, pudo dominarse algún tanto, y respondió:

—Estoy pronta á escuchar á usted, señora.

Luisa tomó una silla, la colocó junto á la que ocupaba la joven, y se sentó á su lado; en seguida le tomó la mano, y empezó así con voz dulce é insinuante:

—Debo ante todo, querida hija mía, y permítame usted que le dé este dulce nombre; debo ante todo solicitar su perdón, porque la he engañado.

—¿Usted á mí... señora?—balbuceó la pobre joven, que empezó á temblar de nuevo, con ese terror instintivo de las naturalezas privilegiadas que adivinan, como las aves, la cercana tempestad.

—Yo, hija mía, sabía que usted sentía un amor insensato, culpable, y he querido separar de sus ojos la venda que los cubría.

—¡Dios mío! ¿Qué me quiere usted decir?—exclamó la joven;—¿ni qué derechos tiene usted sobre los sentimientos de mi corazón para querer escudriñarlos así?

—Los mismos que usted sobre el bienestar y la paz de una familia que ningún daño le ha hecho, y á la cual puede usted hacer muy desgraciada.

—¡Yo, señora!

—¡Usted, sí!

Luisa dió esta contestación con severidad. Mundeta la miró con altivez; toda su humildad, toda

su dulzura desaparecieron ante el insulto; levantóse, y dijo con entereza:

—Acabemos, señora; voy á despedirme de la persona que es dueña de esta casa, y me volveré á la mía, que nunca debiera haber dejado.

—¡Ah, desgraciada joven!—exclamó Luisa.—¿Y de qué me servirían los esfuerzos que acabo de hacer para salvarla del precipicio á cuyo borde se halla, si ha de volver á él por su voluntad?—exclamó la hermana de Andrés.

—Pero, señora: ¿qué precipicio es ese? ¿Qué me quiere usted dar á entender con sus reticencias? Yo amo á un hombre, es verdad; pero ¿acaso es él indigno de mí?

—¡Sí, pobre joven, sí!

—¿No me quiere ya?—preguntó débilmente Mundeta, cuyo cuerpo temblaba como el árbol sacudido por la tormenta, y cuyo semblante se vistió de una palidez mortal.

Luego se dejó caer sobre una silla; y al sólo temor de su desgracia, dos raudales de lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Señora—añadió juntando las manos con actitud suplicante:—perdóneme si he sido con usted insolente, atrevida..., brusca... Ahora soy yo la que le suplica que hable..., que me diga la verdad, toda la verdad, por cruel, por amarga que sea.

Luisa miró aquel inocente rostro que expresaba el dolor con tanta energía, y sintió su cora-

zón comprimido y contristado y su ánimo incapaz de agravar aquel inmenso dolor; Mundeta continuó:

—¡Hable usted, señora! Mire usted que ese amor es todo mi bien sobre la tierra; que moriré si él me engaña; que le considero como á mi protector y como al hombre á quien amo más en el mundo. Si he de tener un desengaño, démelo usted cuanto antes.

—¡Sí, sí; vale más!—respondió Luisa;—descubierta la herida, será más fácil curarla. Sepa usted que ese hombre es casado.

Al oír esta terrible palabra, Mundeta, como movida por un resorte galvánico, se levantó poco á poco de su asiento, con las facciones lívidas y desencajadas y los ojos extraviados; luego dejó caer los brazos, volvió á desplomarse sobre su silla, y repitió con voz débil:

—¡Casado!

—¡Valor, pobre hija mía, valor!—dijo Luisa, tomando otra vez con cariño la mano de la joven;—vale más que usted conozca el peligro, para evitarlo.

—¡No, no; eso no puede ser! ¡Él no puede haberme engañado así!—exclamó Mundeta, á la que reanimaba la fuerza misma de su dolor.

—¡Repito á usted, pobre niña, que está casado y que es padre de cuatro niños!

—¡Pero, Dios mío! ¡Yo no puedo pasar por lo que usted me diga, señora!—repuso exasperada

la joven.—¡Yo quiero verle! ¡Quiero ver á su mujer, á sus hijos!

—A su mujer la ha visto usted ya.

—¡Cómo!...

—Es la dama que fué conmigo á buscar á usted.

—¿Luego esta casa?...

—Es la de Andrés, esposo de Gertrudis, mi hermano, y padre de las niñas á quienes debe usted servir de aya.

—¡Oh, qué inicua trama!—exclamó la joven levantándose, con las mejillas encarnadas y los ojos chispeantes.—¡Engañarme así es infame, señora!

—Escúcheme usted, pobre niña...

—¡Nada, nada quiero escuchar!—continuó con ímpetu Mundeta!—¡sólo quiero salir de aquí... volverme con mi madre, con mi pobre madre, de la que nunca debí haberme separado!

—¡Ah, sí!—exclamó amargamente Luisa;—vuélvase usted con su madre, con su buena madre, y entonces mi hermano volverá á ver á usted, seguirá creciendo la fatal pasión que los une, y tendrá usted el gusto de haber hecho la desgracia de una mujer inocente y la de cuatro criaturas!

Mundeta, que ya se hallaba cerca de la puerta, se detuvo y volvió hacia Luisa su rostro, pálido y alterado por una desesperación profunda.

—Señora—le dijo con voz sorda y quebrantada,—ofrezco á usted que no le volveré á ver.

—Esa promesa no puede ser más vana y más inútil, señorita—respondió Luisa;—conozco á mi hermano, y nada importará que usted se niegue á verle, porque él la verá, sea como sea; la violencia le irritará más, y llegará quizá hasta el culpable extremo de arrebatarla de su casa y del lado de su madre.

La joven meció la cabeza con desaliento, y una sonrisa triste se dibujó en sus labios; pero no dió un paso más para salir.

Luisa se acercó á ella, volvió á cogerle la mano, que halló húmeda y helada, y la condujo de nuevo hasta un sillón, sin que ella opusiera la resistencia más leve.

Hízola sentar, y luego se colocó á su lado.

—¡Pobre inocente!—le dijo con un acento tan suave y compasivo, que penetró en el alma de Mundeta á través de las nieblas de su dolor;—¡pobre ángel candoroso, no es así como se conjuran las tormentas de la vida! No es sólo con la fuerza de la voluntad de las débiles mujeres como se doblegan las pasiones casi feroces de los hombres. ¿Quiere usted oirme, y yo le diré la causa de mi aparente crueldad? ¿Quiere usted que le diga lo que pienso hacer por usted, por mi hermano, por su familia? ...

Mundeta hizo un gesto de triste indiferencia, y Luisa continuó:

—Es preciso, hija mía, matar ese amor culpable; es preciso que mi hermano vuelva á la senda

del deber, de la cual le han separado los disgustos domésticos y su desgraciada suerte, más que su mala inclinación; porque de no volver á ella, querida mía, los remordimientos le harían muy infeliz y acabarían quizá con su vida.

Luisa se detuvo, esperando ver el efecto que sus palabras producían en el alma inocente de Mundeta. Esta impresión no tardó en aparecer: la joven levantó la cabeza; brillaron sus ojos, amortiguados por el dolor, con un destello de inteligencia, y exclamó con acento penetrante:

—¡El desgraciado por mí! ¡Él, por cuya felicidad daría yo mi vida! ¡Oh, no; eso jamás!

—¡Ah, hija mía, ese es el amor santo, puro, verdadero!—exclamó Luisa, quien, como mujer de talento, sabía bien cuál podía ser la parte sensible de aquella bella y generosa naturaleza.—¡El amor que se sacrifica por el objeto amado, es siempre heroico, nunca puede ser culpable!

Las lágrimas de Mundeta volvieron á correr para alivio de su pena; la herida más dolorosa se había cerrado, ó al menos se había dulcificado su dolor. Luisa continuó de esta suerte:

—Yo he traído á usted aquí, hija mía, para pedirle, por el amor de mi hermano, que sea buena para él y para sus hijas... Su esposa no es una madre como debe ser... Sea usted la madre de estas niñas, y su padre la bendecirá algún día.

—¡Yo vivir bajo el mismo techo que Andrés!—exclamó Mundeta echándose hacia atrás.—¡Nun-

ca, señora, nunca! ¡Mi resolución de no volverle á ver es irrevocable!

—Andrés, desde el instante en que sepa que usted vive en esta casa, la dejará acaso por largo tiempo.

—¿Y es por ventura un bien el que yo le separe de su familia, señora? ¿No vale más que yo vuelva al lado de mi madre?

—Ella será la que venga al lado de su hija, y ganará usted, con su virtud, una existencia cómoda y feliz para las dos.

—¡Cómo! ¿Mi madre vendrá aquí?

—Sí, hija mía.

—¿Y nuestra casa?

—Se cerrará: ésta será desde hoy la casa de ambas.

—Pero ¿y Andrés, y Andrés?

—Le conozco, y sé que saldrá hoy mismo para hacer algún viaje. No profanará la casa de su esposa y de sus hijas con unas relaciones culpables, y sobre todo, no profanará la inocencia de usted proponiéndole un trato criminal. Mi hermano, señorita, es digno del amor de un ángel como usted.

Y aquella mujer, dotada de talento, de ingenio, de valor y de firmeza, miró, dichas estas palabras, á la joven, á quien manejaba como á una niña.

—Señora—dijo Mundeta con acento tranquilo y resignado,—yo no sé qué imperio ejercen sobre mí los razonamientos de usted: sólo sé que me hace desgraciada y que, sin embargo, debo ben-

decirla; sólo sé que me muestra todos los abismos del dolor, y que, no obstante, de su palabra brota el único rayo de salvadora luz que me puede alumbrar en mi camino. Dígame usted, se lo ruego: ¿puedo yo creer que lo que he inspirado á Andrés ha sido un amor verdadero y no un capricho culpable?

—Sí, querida y desgraciada niña. Esa pasión es tan profunda como verdadera. ¡Ojalá fuera un capricho, y no habría necesidad de tan fuertes medidas!

—¿Y cree usted que estas medidas matarán en el corazón de Andrés esa pasión fatal?

Mundeta hizo esta pregunta con la voz temblorosa; era inmenso, sin duda, el amor que la desgraciada criatura encerraba en su pecho, cuando así temía el olvido de su amante.

—No lo creo—respondió Luisa con acento de profunda convicción.—Creo, por el contrario, hija mía, que esa pasión durará tanto como la vida de mi hermano.

—¿Y será desgraciado?

—¡Sí!

—De ese modo, señora, ¿de qué sirve mi inútil sacrificio? ¿Y qué más tiene que sea desgraciado por los remordimientos de una pasión correspondida y feliz, ó que lo sea por la memoria de una pasión sin esperanza?

—Niña—repuso Luisa clavando sus negros y hermosos ojos en la abatida mirada de Munde-

ta,—oiga usted una cosa que yo deseo no olvide: nadie es completamente infeliz cuando cumple con su deber; pero lo es, y mucho, el que cede á culpables extravíos y desoye la voz de la razón, porque la conciencia no calla jamás.

El silencio más solemne siguió á estas palabras. Mundeta alzó al cielo sus ojos, y de ellos volvieron á correr gruesas lágrimas; luego aquella cabeza peregrina, pálida y angustiada, se fué inclinando lentamente, y se apoyó desfallecida en el pecho de Luisa; ésta alzó á su vez los ojos al cielo. El sacrificio de Mundeta era completo, y estaba consumado.

Luisa dió gracias á Dios de las victorias; aquella era una de las más grandes que una mujer pudiera ganar en la tierra.

—¡Vamos, valor, hija mía!—dijo tras de algunos instantes de reposo.—¡Alce usted esa frente, que desde hoy ya no debe estar inclinada! ¡Usted es grande, fuerte, heroica! ¡Dé usted entrada en su corazón á la esperanza!

—¡A la esperanza!—repitió la desgraciada joven, y una sonrisa dolorosa entreabrió sus labios.

—A la esperanza, sí; acaso muy pronto un nuevo amor...

—¡Jamás!—respondió Mundeta,—¡jamás amaré más que á Andrés ó á su memoria, señora! ¡Viviré aquí al lado de sus hijas; las educaré para la virtud, para la paciencia, para la caridad; si usted quiere traerme á mi madre, seré algo menos

desgraciada; pero la dicha sólo la buscaré ya en el cielo!

La joven calló y al mismo tiempo se abrió la puerta, apareciendo en su umbral Andrés, que traía de la mano á su hija María.

Mundeta dejó escapar un débil grito de angustia.

Luisa se acercó á Miranda, le tomó de la mano y le dijo:

—El sacrificio está hecho, y te esperaba.

Luego se acercó con él á la joven; señaló á su hermano el asiento que ella había ocupado junto á la pobre niña, y tomando á María en sus brazos la colocó en el regazo de la joven, que inclinó su rostro sobre aquella rubia é infantil cabeza, y empezó á llorar amarga y silenciosamente.

X

AMANTE Y PADRE

Hubo algunos instantes de silencio. Luisa, apoyada en la silla de Mundeta, tenía pasado su brazo derecho en derredor del cuello de la joven, como para sostenerla en aquella prueba terrible.

María seguía sentada sobre las rodillas de su futura aya, y Andrés tenía entre las suyas una mano de la desventurada Mundeta.

Aquéel fué el primero que rompió el silencio;

pero de sus labios sólo pudo salir esta sola palabra:

—¡Perdón!

Mundeta alzó su semblante lleno de lágrimas, y le miró de un modo que le decía que estaba perdonado.

—He aquí mi hija, Mundeta—prosiguió Andrés;—acabo de recibir una carta que me ha escrito mi hermana, en la que me dice sabes ya lo que yo hubiera querido ocultarte toda mi vida; ya no soy á tus ojos aquel Andrés pobre, desgraciado, pero libre, á quien tú amabas; soy don Andrés Miranda, rico Agente de Bolsa, padre de cuatro niños, esposo de una mujer llena de defectos, pero no culpable, y que por lo mismo no merece tampoco ser desgraciada; sin embargo, ¡yo soy ahora más infeliz de lo que antes me suponías!

Aquel acento doloroso penetró hasta el alma de la joven; conoció que había una desgracia mayor que la suya, y que ésta pesaba sobre el hombre á quien tanto amaba.

Andrés prosiguió:

—Voy á alejarme de aquí, Mundeta; voy á otros países... á América; pero no esperes que te olvide jamás. Desgraciadamente, no es mi cariño para ti uno de esos caprichos que pasan por la cabeza sin dejar rastro alguno en el corazón; si el que me has inspirado no es el primer amor, es el último, que dura más... ¡que es eterno!

—¡Pero tú volverás! ¿No es verdad, hermano

mío, que volverás pronto? — exclamó Luisa abandonando á Mundeta, que ya no lloraba, para tomar la mano de Andrés, que derramaba lágrimas.

—¡No!—respondió éste con firmeza,—¡no volveré jamás!

—¡Oh, Dios mío!

—Si algún día puedo mirar como á una hija á Mundeta, entonces volveré; ¡pero no espero que eso suceda nunca!

—Andrés—exclamó Luisa, cuya voz estaba oprimida y temblorosa:—yo quería librar de la desgracia á la pobre Gertrudis, mi amiga, mi compañera de infancia; quería separarte de esta joven durante algún tiempo, para ver si la olvidabas; pero jamás pude suponer que mi imprudente intervención te arrancase para siempre de tu hogar y de tus hijos.

—Es forzoso, sin embargo, que yo me aleje de aquí. Tú misma lo has querido así, Luisa. ¡Cúmplase tu voluntad, que es sin duda la de Dios, porque tú eres muy buena!

—¡Oh, pero no me digas que no volverás jamás! ¡No dejes ese remordimiento en mi corazón, Andrés!

—Te diré lo que antes te dije: si dejo de amar á Mundeta, volveré; si no, no me esperes.

—¡Ah, Dios mío! Pues entonces, ¡lejos de aliviar la suerte de la pobre Gertrudis, la he hecho más amarga!—exclamó aquella mujer tan fuerte, pero que volvía á ser débil ante la desgracia de

perder á un hermano tan querido;—¡en vez de curar á su marido de un amor culpable, se lo arrebató para siempre!

—¿Y qué importa? Ya sabes tú que Gertrudis no es muy sensible. ¡Yo le enviaré dinero, mucho dinero, y estará contenta!

—Haces una gran injuria á tu esposa—repuso Luisa con gravedad;—ella te ama... pero, aunque así no fuera, ¿y tus hijos?, ¿y tus pobres hijos?

—¿Adónde te vas, papá? ¡Yo no quiero que te vayas!—dijo la pequeña María echando sus bracitos al cuello de su padre, mientras la zozobra y el terror se pintaban en sus grandes ojos azules.

Luisa la tomó en sus brazos, le dijo algunas palabras cariñosas y la sacó de la estancia.

—Andrés—observó Mundeta luego que estuvieron solos,—quien debe alejarse de aquí soy yo: mañana saldré de Madrid con mi madre; no quiero tener sobre mi conciencia el dolor de haber arrebatado á tu familia un padre y un esposo.

—Yo parto esta misma noche, Mundeta—repuso Andrés con voz dulce pero firme;—tú escúchame, y estoy seguro de que después consentirás en quedarte, por mi amor y el de mis hijas.

Cuando me casé amaba á mi esposa, no puedo negarlo, y tú tienes bastante grandeza de ánimo para comprender que debía ser así cuando uní su suerte á la mía. Luego su carácter, cándido y sencillo por demás en la época de nuestro matrimo-

nio, se fué volviendo egoísta, frío, quejumbroso; si ella hubiera sido lo que debía ser, jamás hubiera yo deseado la dicha más allá de las paredes de mi casa; pero el talento de que yo la creía dotada desapareció, ó fué dominado por sus malos instintos. Ello es que cambió completamente, y que poco á poco se fué extinguiendo en su corazón hasta el amor á sus hijos. Tuve que colocar á éstos en un colegio; pero mis hijas permanecen en la casa materna, sin tener quien las ame, las cuide y las instruya.

Su madre hace tiempo que deseaba buscarlas un aya para descansar completamente. Por muchos días me opuse á esta medida, que separa á las niñas del más santo y legítimo amparo; pero llegó á formar mi mujer tal empeño, que hube de dar mi consentimiento. El cielo y mi hermana han querido que la elegida para velar y educar á mis hijas fueras tú... ¡Bendita sea su santa providencia! ¡Bendita sea su mano, que te ha conducido aquí! ¡Bendita sea su misericordia, que me dice: «Al mismo tiempo que corto los lazos de tu culpable amor, llevo al lado de tus hijas un ángel de paz y de virtud que les enseñe el camino del cielo!» Y ahora bien, Mundeta—continuó Andrés:—¿culparás mi amor de padre? ¿Rehusarás la misión que Dios te confía? ¿Desoirás mi ruego cuando te digo: Mundeta, te confío lo que después de ti amo más en este mundo: mis hijas; cuidámelas, haz que recen por su padre; enséñalas á ser lo que

debió ser su madre, lo que yo creí que era; y de ese modo, el día en que tengan un esposo, no irá éste á buscar fuera de su casa la ventura y la paz.

—¡Oh, sí! ¡Yo acepto esa misión, sí!—exclamó la joven con entusiasmo.—¡Después de perderte, Andrés, lo único que podía consolarme era vivir donde tú has vivido y cuidar de tus hijas!

La puerta de la estancia, que se abrió en aquel instante, cortó la palabra de la joven, y aparecieron en el umbral Luisa, que traía de la mano á María y á Elvira, y tras de este gracioso grupo, la esbelta y elegante figura de Gertrudis.

Andrés se levantó y Mundeta hizo lo mismo, saliendo al encuentro de las niñas, que Luisa puso en sus brazos.

Gertrudis se reclinó lánguidamente sobre un sillón, y dijo á su marido:

—¿Qué te parece, Andrés? ¿He elegido bien el aya para las niñas? ¿Verdad que es una linda joven que dará honor á nuestra casa?

—Sin duda—respondió Andrés, mirando á Mundeta con el dolor que se mira una joya que se ha perdido; pero añadió dominándose:—Tengo que salir; iba ahora á decirte, Gertrudis, que mañana voy á emprender un viaje.

—¡Ah! ¿Dejas Madrid?—preguntó Gertrudis sin inmutarse.—¿Y es por mucho tiempo?

—Todavía no lo sé.

—Sea como tú quieras. Y usted, señorita, sepa

que lo principal para mí es que se encargue al instante de estas criaturas... Son diabólicas... Aún están sin peinar, sin lavar, sin vestir... Tengo yo á las doncellas ocupadas por hoy, y, por lo tanto, usted se cuidará de eso, ¿no es verdad?

Sí, señora—respondió Mundeta con dulzura;—yo arreglaré á las niñas.

—Vamos, pues, Andrés—dijo Gertrudis á su marido;—me acompañarás hasta mi habitación, y luego te irás á tus quehaceres. Luisa llevará á las niñas y á su aya á sus respectivos cuartos.

Andrés dirigió una última y larga mirada á Mundeta, y salió con su mujer.

Poco después salieron Luisa, Mundeta y las dos niñas; y aquella instaló al aya, á María y á Elvira en sus habitaciones.

XI

GERTRUDIS

Eran las siete de la noche cuando se hallaban reunidos en la sala de confianza de casa de Miranda, éste, su esposa, Luisa y su marido.

Luisa tenía los ojos encarnados y enrojecidos, y aún se escapaban de ellos algunas lágrimas que toda la fuerza de su voluntad no bastaba á contener.

Gertrudis no lloraba; estaba recostada en un sillón, y se quejaba de un gran dolor de cabeza.

Alvareda se paseaba por el cuarto, y daba muestras de aquella impaciencia febril é inquieta que formaba el fondo de su carácter.

Andrés estaba triste y sombrío.

—¡Ay, Dios mío!—dijo Gertrudis, interrumpiendo el silencio que hacía tiempo reinaba.—¡Qué cara de entierro tiene mi marido! ¡Como si no fuera á divertirse y por su gusto! ¡Pues yo no estoy para sufrir malos humores, porque padezco mucho!

—Pronto dejaré de incomodarte, Gertrudis; ten un poco de paciencia—repuso Andrés con una calma sombría.

El llanto de Luisa estalló entonces con mucha mayor fuerza.

—Pero, hombre, verdaderamente que es extraña tu repentina manía de viajar—exclamó Isidoro.—¿Qué tienes que hacer en la Habana tan de repente? ¿Qué te pasa? ¿Se puede saber?

—Es un negocio de que te hablaré más adelante, querido Isidoro—respondió Andrés;—ahora no lo comprenderías.

—¿Y por qué llora así mi mujer, teniendo como tiene un pecho como un Alejandro? ¿Ocurre algo de nuevo? Vamos, dímelo, hombre, dímelo de una vez.

—No ocurre nada.

—¿Has tenido algún disgusto en la Bolsa ó en la política?

—No por cierto; ya sabes que te he transmitido

mi Agencia, y que en política no tengo comprometidos grandes intereses. Lo que me preocupa es un negocio que me han propuesto, y en el cual puedo ganar algunos miles de duros.

—¡Ah! Pues entonces me enviarás dinero para comprar el aderezo de rubies que tanto deseo, ¿no es verdad?—preguntó Gertrudis, alzando lánguidamente su rubia cabeza.

—Sin duda que te enviaré, querida Gertrudis.

—Mira que, siendo bueno, me ha dicho Ansoarena que vale veinte mil duros.

—Trabajaré para que los tengas.

—Y piensa en que la casa gasta atrocemente; no te quejes de que necesito mucho dinero.

—Nada temas: dispondrás de todo cuanto te haga falta.

—Es que debes también tener presente que el aya es un aumento de gasto; las jóvenes de su edad comen de una manera extraordinaria.

—No lo olvidaré—repuso Andrés con una sonrisa amarga, pues sabía que Mundeta comía como un pájaro.

—Si yo tuviera una mujer como la tuya, me ahorcaba del árbol más alto que hallase—dijo impetuosamente Alvareda.

—¡Es claro! Las mujeres como yo no son para los cafres como tú—repuso Gertrudis;—pero Luisa tiene la culpa de que lo seas. ¡Siempre con un candado en la boca, sin pedir nada, sin desear nada; cosiendo, bordando, cuidando de la casa,

en tanto que tú derrochas en tus caprichos una fortuna!

—Más vale que tenga caprichos, que no lo que sospecho que tiene tu marido—repuso bruscamente Isidoro.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que los maridos de las mujeres como Luisa lo más que pueden tener son caprichos, en tanto que los esposos de mujeres como tú tienen cosas más serias.

—Pero ¿qué estás ahí diciendo?

—Nada, nada; tente, lengua—dijo Isidoro con su brusquedad y viveza habituales, y dándose una palmadita sobre su largo bigote.

—¡Bah! Hay que dejarte, como á un loco que eres—repuso Gertrudis.

—Cierto; hay que dejarme, que yo me entiendo.

—Luisa—dijo Andrés á su hermana, que no dejaba de llorar,—hazme el favor de ir á buscar á las niñas para despedirme de ellas, pues es ya la hora que debo ir al correo.

—¿Y por qué ha de ir Luisa? ¡Que las traiga el aya!—observó Gertrudis.—¡Empezaremos ya á darle fueros de duquesa!

Andrés clavó en su mujer una mirada iracunda, que fué cogida al vuelo por la vivaz mirada de Alvareda.

—¡Prudencia!—dijo éste, acercándose al oído de su cuñado;—déjala, que yo mismo iré á buscar á las niñas.

—¡Ah, Isidoro! ¡No sabes el bien que me haces evitándome...!

—El ver á esa joven, ¿es cierto? Lo había comprendido así.

—¡Isidoro!

—No temas, mi pobre amigo, mi querido hermano—repuso el turbulento Alvareda, cuya atrevida y ardiente mirada se veló por una lágrima;—no temas: conozco tu secreto desde hace sólo un instante; pero estará aquí muy bien guardado.

Y el esposo de Luisa se golpeó el pecho con su mano nerviosa y robusta.

—¡Ay, santo Dios! ¿Qué secretos son esos que tenéis que comunicaros?—exclamó Gertrudis.—¿Acaso, Isidoro, le estás enseñando tus mañas á Andrés para que las ejercite por allá?

—¡Anda, tonta! ¿Qué te importa si le enseño á conquistar veinte mil duros para comprarte el aderezo?

Y después de decir estas palabras con gran jovialidad, Isidoro salió enjugándose aquella lágrima rebelde, que al fin había brotado de sus ojos.

—¡Me irritan las majaderías de tu marido!—exclamó Gertrudis con muy mal humor.—Pero ¡calla!—añadió al ver el llanto de Luisa,—¡pues no haces tú pocos aspavientos porque se va tu hermano! ¡Vaya un alarde ridículo de sensibilidad! Tú que la echabas antes de fuerte, ¿vas ahora á variar de rumbo y á hacerte notable por tus lloriqueos?

—¡Déjala llorar!—repuso Andrés;—eso prueba lo mucho que me ama.

—¡Oh, hermano mío! ¡Andrés de mi alma, perdón!—murmuró Luisa, que sentía romperse su corazón ante la idea de ser ella la causa de la partida, ó más bien del voluntario destierro de Miranda.

—¡Valor, Luisa, valor!—respondió Andrés en voz baja.

—¿Pero de qué le pides perdón? Del mal rato que me das, ¿no es cierto? ¡No te falta razón! Hoy me he levantado con una jaqueca atroz, y me la estás aumentando con tus gemidos; cuando era más razonable que gimiera yo, que al fin soy su mujer, y quien le quiere más que nadie.

—¡Vamos, aquí están los dos angelitos!—dijo Alvareda entrando con María y Elvira.—Un beso, y andando á la casa de postas.

Andrés confundió á sus hijas en un solo abrazo.

María inclinó sobre el pecho de su padre su rubia cabecita, y rompió á llorar.

Elvira miró á su hermana; pintóse en sus ojos un profundo dolor, y brotaron de ellos algunas lágrimas.

Su padre llenó de besos sus frentes y sus mejillas, y mezcló sus lágrimas á las de las dos niñas.

—Y á los otros, ¿no los verás?—preguntó en voz baja Alvareda.

—Sí—respondió Andrés.—¡Pasaré por París para darles también el último abrazo!

—¡Ah!—dijo Gertrudis,—¿vas á París, Andrés? Pues cómprame allá un vestido de medallones de encaje, como el de la Condesa de Santa Fe, y mándamelo al instante.

—Así lo haré, querida Gertrudis.

—¡Qué mujer ó qué demonio esta!—gritó Alvareda;—¡yo no sé cómo te sufre tu marido! Pero vamos, Andrés, que estos angelitos llevan mal rato, tú no lo llevas nada bueno, y mi mujer lo lleva peor que nadie; andando á la casa de postas, que ya es hora.

—Mira, Andrés, siento que la jaqueca no me permita acompañarte—dijo lánguidamente Gertrudis, dando la mano á su marido; luego añadió:—Niñas, id con el aya y dejadme tranquila.

Las niñas se dirigieron á la puerta; pero Luisa las detuvo, calculando, con su sorprendente penetración, que iba aún á tener lugar una escena que ellas no debían presenciar.

Andrés volvió á abrazarlas y salió seguido de Isidoro y de Luisa, que debían acompañarle.

En la puerta de la calle esperaba un coche; mas antes de tomar la escalera, Andrés se dirigió á un corredor de la izquierda con paso rápido y cauteloso. Una figura blanca apareció en el umbral de una puerta, y se precipitó en los brazos de Andrés.

Por espacio de un segundo permanecieron abrazados. Luego se oyó una voz débil que pronunció un ahogado ¡adiós!, y otra más fuerte que murmuró:

—¡No me olvides, y cuida de mis pobres hijas! Después volvió á verse la gallarda y noble figura de Andrés deslizarse por el corredor y llegar al principio de la escalera, donde esperaban Isidoro y Luisa.

Una hora más tarde, volvían á entrar los dos esposos en la que había sido casa de su hermano.

Al llegar á la antesala salió una camarera, que les cerró el paso, diciendo:

—La señora se ha acostado, y duerme profundamente.

—¿Y las niñas?—preguntó Luisa.

—Están con su aya, señora.

Isidoro y Luisa volvieron á bajar y tomaron su coche, aquél renegando de las *sandeces*, como él llamaba, de Gertrudis.

—Vamos á la Florida, que Alberto está solo hace ya muchas horas—dijo Luisa;—y te ruego que por lo que toca á la felicidad de esa heroica niña, me dejes amplios poderes.

—Te los dejo; pero no olvides que Andrés me la ha encargado con mucho encarecimiento.

—Ya habrá ocasión en que tenga que acudir á ti, Isidoro.

—¿Harás por llevar á su lado á su madre?

—Mañana dormiré ya en casa de Gertrudis.

—¡Pero si ésta no sabe aún nada!

—No importa: yo la convenceré.

—Sólo tú pudieras convencer á ese estuco.
 —Eres injusto con ella, porque no es mala.
 —Pues sin ser mala, ha robado á sus hijos un padre y ha perdido un esposo demasiado noble.
 Luisa nada respondió; rompió de nuevo en llanto, y poco después sólo se oía el vago rumor de las auras que besaban á las flores en aquella bella noche de Mayo, el ruido producido por las ruedas del carruaje, y el eco alegre de una canción de caza que silbaba Isidoro para distraer el mal humor que le dominaba, al recordar que había perdido, quizá para siempre, al hermano de Luisa, que era al mismo tiempo su mejor, más constante y más antiguo amigo.

FIN DE LA PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA

EL ALMA HERIDA

Bienaventurada el alma que oye al Señor, que le habla, y de su boca recibe palabras de consolación.

.....
 Bienaventurados los oídos que no escuchan la voz que oyen de fuera, sino la verdad que enseña dentro.

.....
 Sufre á lo menos con paciencia, si no puedes con alegría.

IMITACIÓN DE JESUCRISTO.

I

UNA MADRE JOVEN

Cinco años habían pasado desde la partida de Andrés Miranda, cuando en una noche del mes de Enero tenía lugar un brillante baile en la casa que habitaba la familia de aquél.

Ya no vivía en la calle de las Infantas, sino en la de Atocha y en un hermoso edificio, elegante y sencillo á la vez.

Tula de Miranda, que era como se llamaba á la